



La muerte de Maceo.

LOS HISPANO-MAMBISES

En la guerra de la independencia política de Cuba, que se inició en 1868 contra España, lucharon muchos extranjeros al lado de los rebeldes. Norteamericanos, como el general Thomas Jordan; dominicanos, como el generalísimo Máximo Gómez; venezolanos, chinos y de otras nacionalidades, hasta un número estimado en unos 27.000, engrosaron las filas cubanas. Una cantidad importante, dado que en esta guerra nunca llegaron a moverse grandes masas de combatientes en campo abierto.

Los libros de historia, sin embargo, han corrido hasta ahora un velo sobre el hecho de que la mayoría de esos 27.000 extranjeros no fueron ni hispanoamericanos, ni asiáticos, ni africanos, ni yanquis. Fueron españoles.

Aunque el carácter de guerra civil (sin el cual no puede entenderse la independencia de las naciones hispanoamericanas) fue mucho menos acentuado en Cuba que en otros países del continente, el dato de que hubiera 15.000 españoles luchando con los rebeldes y muchos miles de cubanos de todas las capas sociales luchando junto a las autoridades españolas contra los insurrectos, es un punto a tener en cuenta que no debe gustar

excesivamente a aquellos que en épocas posteriores, con simplismo demagógico, han hablado de la guerra del «español» contra el «cubano».

España fue el primer país en disponer de un imperio colonial moderno, y en el peor de los casos, sus métodos no fueron ni mejores ni peores que los que siguieron posteriormente otras naciones, cuando incluso el espíritu de la época se había hecho mucho más progresivo. La guerra de independencia en Hispanoamérica fue, en muchos casos, la lucha de liberales contra absolutistas iniciada en España y llevada a tierras de América. Sólo que en España los absolutistas ganan, y en Hispanoamérica pierden. Lo cual no impide que el siglo XIX hispanoamericano se vea empapado de reaccionarismos violentos, y el español, surcado por corrientes liberales profundas, que afloran bruscamente a la superficie.

En el caso de Cuba, la lucha por la independencia se agrió más que en el continente. En parte, por la intervención de los Estados Unidos y la influencia de su gobierno sobre algunos de los jefes rebeldes; en parte, por la cuestión de la esclavitud (bochorno de la ad-

ministración española), y en parte también, por las repetidas y escandalosas torpezas de las autoridades coloniales. A esto se añade que casi una tercera parte de la población era española.

En la desgraciada y larga guerra de Cuba, el soldado español (pueblo al fin) cumplió con coraje y dignidad lo que le ordenaron sus jefes, combatiendo lejos de su patria en un tipo de lucha para el que no estaba preparado.

«Ultras» y «guerrilleros»

Cuando Carlos Manuel de Céspedes, terrateniente liberal y masón conocido y estimado por Prim, inicia la lucha el 10 de octubre de 1868, España tiene un gobierno liberal con una de las constituciones más progresistas de aquel tiempo, y la monarquía ha sido liquidada.

Lo único que aquellos liberales españoles no estaban dispuestos a conceder a los rebeldes cubanos era la separación de Cuba, pero reconocían la necesidad de una «igualdad de derechos» entre los criollos y los peninsulares, lo que prácticamente significaba la autonomía.

A pesar de esto, el gobierno es-

pañol no pudo llegar nunca a un acuerdo con los sublevados; muchos de los cuales oscilaban en la primera época de la guerra entre el anexionismo a Estados Unidos y la simple autonomía. El secreto de este desastre político español, que llevó de cabeza al desastre militar, estuvo no tanto en los españoles metropolitanos (cuyo belicismo sólo se exacerbó al final), sino en los que vivían en la isla, auténticos «ultras» en muchos casos que no querían ni oír hablar de pactar con los rebeldes, y consideraban que la guerra se ganaría en cuanto les dejaran «mano libre». Ellos formaron los cuerpos llamados de «voluntarios», que junto a los denominados «guerrilleros» (grupos casi incontrolados en los que figuraban gran número de cubanos al servicio de España) constituyeron el baluarte principal del dominio español una vez iniciada la guerra.

Como las tropas españolas en Cuba eran escasas cuando estalló la insurrección, los capitanes generales (suprema autoridad en la isla) tuvieron que recurrir a los voluntarios y «guerrilleros» para asegurar la defensa de todo el territorio. Conscientes de su fuerza, estos últimos llegaron a imponer sus condiciones. Puede dar una

FERNANDO MARTINEZ

idea de la insolencia de los «voluntarios» el hecho de que fueran capaces de asaltar el palacio del Capitán General Dulce en 1869 y le obligaran a dimitir por considerarle «traidor», debido a sus métodos apaciguadores y su inclinación a buscar un trato con los rebeldes.

Balbucesos anexionistas

Los primeros intentos para separar a Cuba de España surgen de los que desean anexionarla a Estados Unidos, hacia 1848, con el ejemplo de la incorporación de California, Nuevo Méjico y Tejas a aquella nación. Estos intentos van muy directamente ligados a los perjuicios que la «guerra arancelaria» entre España y Estados Unidos causaba a los intereses de los hacendados criollos, y al deseo de los terratenientes esclavistas de asegurarse el apoyo de un país más fuerte para seguir disponiendo de su mercancía humana. Estados Unidos, y en especial los Estados del Sur, donde la esclavitud era una institución social básica, era ese país.

El resentimiento de la burguesía criolla contra la administración española hace proliferar algunos clubs y publicaciones en el extranjero, y en Nueva York surge un periódico de nombre intachable («La Verdad») e ideas anexionistas, dirigido por el camagüeyano Gaspar Betancourt Cisneros, apodado «El lugareño».

Este caldo de cultivo anexionista se manifiesta en una intentona armada contra la metrópoli dirigida por un militar del ejército español nacido en Venezuela: el general Narciso López. En 1850, López, con un barco y varios centenares de hombres, intentó invadir Cuba, y ocupó el puerto de Cárdenas en la costa Norte de la provincia de Matanzas, pero como le fallaron los refuerzos que esperaba de Estados Unidos, la expedición fracasó. Fue la primera vez que la bandera cubana ondeó en la isla, y entre los expedicionarios se contaban sólo cinco cubanos. A ellos se incorporaron 24 soldados del Regimiento de León, de guarnición en Cárdenas, y el sargento español Miguel López, quien habría de volver al año siguiente a probar fortuna en otra infructuosa tentativa del yanquizado general.

Miguel López fue hecho prisionero y fusilado en Cárdenas por sus compatriotas. Su caso no fue el único. Por este tiempo murieron agarrados por actividades conspiradoras dos españoles más: Ramón Pintó Llinón, en 1855, y Graciliano Montes de Oca, en 1851, ambos en La Habana.

Las deserciones

La deserción del sargento López y sus 24 soldados inicia un espí-



Una carga al machete de la caballería mambi.

noso problema para las autoridades españolas en Cuba. Cuando se extendió la guerra, hubo desertores de todos los grados (incluyendo el del general) y de todas las armas e institutos armados, incluida la Guardia Civil. De las filas de esta última pasó al campo rebelde un capitán llamado Fructuoso Larrieta, que participó en el rescate del dirigente insurrecto Julio Sanguily, apresado por una columna española el 8 de octubre de 1871. El relato de esta hazaña constituye hoy una de las primeras lecciones de los niños cubanos en la escuela.

Otro desertor de mayor graduación fue el teniente coronel Manuel Mellado e Hidalgo, que era jefe de la Guardia Civil en la provincia de Puerto Príncipe (hoy Camagüey),

la comandancia más importante de toda la isla.

Manuel Mellado fue propuesto en 1901 por el gobierno cubano para la jefatura de la Guardia Rural, pero él no aceptó el cargo y se retiró al comercio privado.

Otro ex sargento de la Guardia Civil, Benigno Alonso, llegó a coronel jefe del Regimiento de Caballería «Martí», y en Las Villas, en el año 1868, hubo un cabo de apellido Ferreira que (según testimonio del coronel puertorriqueño José Semidey Rodríguez) estaba en el pueblo de Yuco, en Puerto Rico, y se licenció para ir a luchar a Cuba al lado de los «mambises» (palabra de origen confuso, con la que se denominaba a los rebeldes).

Muchos de los guardias civiles que combatieron en la guerra de

Cuba pasaron después de 1898 a desempeñar cargos de policías municipales, vigilantes o guardias rurales.

Curas y toreros

Para que la gama de españoles que lucharon en favor de la independencia de Cuba fuera completa y la tradición trabucaire del clero español decimonónico quedase intacta, no podían faltar los curas. Y, en efecto, también los hubo. En tan lejana fecha como 1825, ya un sacerdote español, el presbítero Francisco Rodríguez, fue encarcelado en la ciudad cubana oriental de Holguín con un grupo de acusados de actividades conspirativas, y otro tanto ocurrió en 1868 con el eclesiástico Pedro Soler, que residía en la provincia de Oriente.

Otro cura español, Ricardo Elizardi, que desempeñaba sus funciones en el santuario nacional de la Virgen del Cobre, en Oriente, fue preso y encerrado en la fortaleza El Morro, de Santiago de Cuba. Cuando fue puesto en libertad tomó la senda de la guerra y combatió con los rebeldes.

El 10 de enero de 1896 se incorporó al contingente invasor de Máximo Gómez el cura párroco de la localidad de San Juan y Martínez, en la provincia de Pinar del Río, Ramón Bentín y Casadelmiro, que tenía ochenta y dos años de edad y había nacido en Santiago de Compostela. Bentín murió en septiembre de ese mismo año y fue sepultado en El Sábalo, pueblo de la citada provincia pinareña.

La parroquia de San Juan y Martínez estaba decididamente con los rebeldes, porque otro cura más, español de Cataluña, capellán de un batallón de infantería y nombrado Agustín Miret, desertó y al terminar la guerra fue nombrado párroco de la mencionada localidad.

Por eso el historiador de la ciudad de Camagüey, Jorge Juárez Señedo, autor de un folleto inédito titulado «Los españoles en la Independencia de Cuba», del que están tomados muchos de los datos que aquí se exponen, dice —no sin razón— que se puede echar por tierra fácilmente eso que algunos decían indebidamente: «No hubo un cura mambi».

Hasta los toreros, cuyas aficiones bélicas hasta la fecha no han sido muy divulgadas, entraron también en la contienda a favor de los insurrectos. El 10 de octubre de 1868, cuando se inicia el alzamiento, hay una cuadrilla de toreros españoles actuando en la ciudad insurrecta de Bayamo que se cortan la coleta y se van con los mambises. Cuando diez años después se firma el pacto de Zanjón, que pone un punto de tregua en la lucha, sólo quedaba un sobreviviente de la cuadrilla. El resto había muerto en combate. El superviviente se llamaba José María Blanca

LOS HISPANO-MAMBISES

y Marroquín, era de Cádiz y alcanzó el grado de comandante en 1895. Fue fundador de la Guardia Rural y murió en 1929, siendo trabajador de un ingenio azucarero.

Hubo hasta un desertor policía llamado Manuel Calvo Cruz, que estaba encargado de vigilar las actividades conspirativas en Camagüey del marqués de Santa Lucía, Salvador Cisneros Betancourt. Manuel Calvo se unió a la rebelión poco después que lo hiciera el «vigilado» marqués, y terminó la guerra con el grado de sargento primero.

Españoles con Maceo

Las causas del alistamiento español en las filas mambises fueron varias. Algunos lo hicieron por frustración o resentimientos personales; otros, por puro oportunismo, de acuerdo con las situaciones y los vaivenes de la guerra; muchos, por desarraigo nacional, ya que llevaban mucho tiempo viviendo en Cuba; pero parece indudable que la mayoría combatieron por idealismo liberal y republicano, al igual que había ocurrido con otros españoles en anteriores guerras de la independencia hispanoamericana. A esto habría que añadir la inclinación al separatismo espontáneo, que parece ser uno de los motivos seculares más agrios y más excitantes de la cepa hispana de todos los tiempos, o, si se quiere, uno de los rasgos de españolismo más acusados y estériles.

Entre los españoles que combatieron por la independencia cubana hubo de militancias e inclinaciones políticas para todos los gustos. Desde masones de tomo y lomo (masones eran también muchos de los jefes rebeldes) hasta carlistas defensores del rey y los fueros, pasando por todas las gamas liberales. Hay retratos del más famoso de los hispano-mambises: el general José Miró Argenter, con su uniforme de oficial carlista y su boina roja. Miró Argenter fue general de división del ejército insurrecto, y jefe del Estado Mayor de Antonio Maceo cuando el bravo mulato inició su famosa campaña de invasión de la parte occidental de la isla, repetida sesenta y dos años más tarde por las columnas guerrilleras del «Che» y Camillo Cienfuegos. El carlista Miró Argenter había nacido en Sitges en 1851, y llegó a Cuba en 1874, trabajando varios años de periodista. Fue una de las figuras cumbres de la guerra, y terminada ésta publicó en 1906 un relato de la contienda titulado «Crónicas de Guerra». Desempeñó el cargo de jefe del archivo del ejército cubano hasta su muerte, en 1925.

Argenter sentía profunda admiración por Maceo, y su libro constituyó prácticamente un homenaje a este general. Maceo era uno de

los caudillos independentistas que más respeto tuvo por los españoles durante la contienda, y siempre cuidó de dejar bien en claro que la guerra era exclusivamente contra el gobierno español. Lo que no hicieron todos, puesto que el grito de «Muera España» sonó también entre los rebeldes, exarcebando la furia de los «voluntarios» y sirviendo de freno a los simpatizantes de la causa independentista en la Península.

Maceo siempre se opuso a la intervención de los norteamericanos en Cuba, y no fue tan ingenuo como para ir a solicitarles en condiciones serviles el reconocimiento de la beligerancia. Es famosa su anécdota cuando un joven anexionista le expresó su esperanza de que «Cuba llegara a ser una estrella más de la rutilante constelación norteamericana». «Creo, joven —le contestó Maceo—, que ese sería el único caso en que estaría yo al lado de los españoles». Y hay otra aún más reveladora cuando en los primeros días de 1896 el coronel cubano resentido por cuestiones de ascenso dijo en voz alta ante la tropa que de los españoles no debía quedar uno vivo. Estaba cerca un teniente asturiano llamado Celestino Baizán Lobo, que llegó a ser gobernador provincial de La Habana, y que al oír al coronel se acercó a él y le dijo: «Empiece por mí, que soy asturiano». El incidente llegó a conocimiento de Maceo, quien reprendió públicamente al coronel. «Ni por los que están aquí junto a nosotros —le amonestó—, ni por los que están peleando en contra de nosotros, no hable así de los españoles».

Soldados españoles mataron a Maceo en campo abierto, pero también otros españoles acompañaron sus restos al sepulcro. En el combate de San Pedro, en diciembre de 1896, que le costó la vida, participaron los ya citados Miró Argenter y Celestino Baizán, además del comandante toledano Juan de Dios Romero Cortés y el soldado canario Félix Martín y Hernández. Pocos horas antes del combate, el general cubano había ascendido a alférez al soldado español Plácido Vázquez, que terminó la guerra de teniente. Fue el último ascenso firmado por Maceo.

Política de atracción

La táctica de los jefes insurrectos para con los españoles que vivían en Cuba fue acertada, ya que nunca intentaron aterrorizarlos, sino atraerlos. Su propaganda iba dirigida sobre todo hacia los liberales, a los que consideraban —con muy buen juicio— aliados potenciales. La frase de Martí: «Los españoles buenos son cubanos», ilustra mejor que cualquier otra la idea que tenían del problema las

figuras directoras del independentismo.

En la práctica, esta política apenas tuvo variaciones. Ya en su manifiesto de 1868, Céspedes dijo: «Respetamos la vida y las propiedades de todos los ciudadanos pacíficos, aunque sean los mismos españoles, residentes en este territorio», y durante toda la guerra, los principales jefes rebeldes tienen cuidado en acentuar que «la guerra no es contra el español». Céspedes estableció incluso que aquellos españoles incorporados a la insurrección que no quisieran prestar servicio de armas podían ejercer funciones civiles. Esta inspirada línea política se tradujo en la gran confianza con que eran acogidos los españoles en las filas mambises. El antiespañolismo —propio de algunos sectores de la burguesía anexionista y de la pequeña burguesía radical— nunca caló en las capas populares. Primero, porque entre el pueblo siempre se confundieron españoles y no españoles, y segundo, porque resultaba evidente que había muchos cubanos que combatían del lado español.

Aun en los momentos más encarnizados de la guerra, los jefes insurrectos apreciaron el valor de los españoles que voluntariamente se les incorporaban, y no desconfiaron de ellos.

En la zona Sancti Spiritus, provincia de Las Villas, hubo, entre 1895 y 1898, muchos desertores. Era jefe de esta zona el general José Miguel y Gómez, que luego llegó a presidente de la República. Este general adoptó la costumbre de formar a su tropa cada vez que se presentaba un desertor español para advertir a todos que lo trataran bien: sus superiores, como al mejor de los subalternos, sus iguales, como al mejor entre ellos, y sus subalternos, como al mejor de sus superiores. Como prueba de esta confianza, muchos españoles fueron hechos abanderados o portaestandartes. Por mencionar sólo uno podría citarse el abanderado de la escolta del Consejo de Gobierno de la República en 1898, Fernando Collado Blanco, un teniente asturiano, químico azucarero en su vida civil, que se incorporó a los mambises a los pocos días de iniciarse la última etapa de la guerra en 1895.

Otro dato lo constituye la orden del general en jefe, Máximo Gómez, cuando concede a los españoles el derecho a escoger el jefe que los mande, la zona donde combatir y la unidad a la que desean pertenecer. La «tolerancia» de Gómez nacía del conocimiento de la importancia del aporte español, puesto que de lo contrario hubiera sido injusto y contraproducente crear tal privilegio en un ejército en formación y en plena guerra.

A los desertores que se incorpo-

rabán a los mambises con su fusil se les regalaba dos centenes (unos once pesos oro) y se les permitía seguir armados. Cuando llegaban al campo insurrecto con su uniforme español se les permitía seguir con él hasta que encontraba otra ropa.

Como prueba adicional de la confianza que merecían en el ejército cubano está el que los dos asistentes del generalísimo Gómez fueran españoles. Ambos fueron ascendidos a tenientes por el Consejo de Gobierno de la República.

El ministro Estévanez

Uno de los episodios más irritantes para la opinión pública y que más desprestigió al gobierno español en Cuba fue el fusilamiento de ocho estudiantes de primer año de medicina de la Universidad de La Habana el 27 de noviembre de 1871, acusados de haber profanado la tumba del periodista Gonzalo Castañón, encarnizado adversario de los independentistas y director del periódico «La Voz de Cuba», que fue muerto a tiros por un emigrado cubano en Cayo Hueso. Los «voluntarios» de La Habana aprovecharon el incidente para dar rienda suelta a sus deseos vengativos y cogieron a cuarenta y dos estudiantes (entre los cuales había tres españoles) acusándoles de haber profanado la tumba de Castañón en el cementerio. Los estudiantes fueron sometidos a una parodia de juicio y ocho de ellos condenados a muerte. Pero hay que decir, porque es la verdad, que muchos militares españoles se opusieron a las ejecuciones, como lo demuestra que un primer tribunal compuesto por seis oficiales «voluntarios» y seis del ejército, sólo los condenara a penas de cárcel. Cuando los «voluntarios» conocieron la «benigna» sentencia, no la aceptaron, y se amotinaron hasta conseguir la formación de un nuevo consejo de guerra (integrado esta vez por nueve «voluntarios» y seis militares) que condenó a ocho de los detenidos a muerte. El jefe que mandaba el pelotón de fusilamiento era Ramón López de Ayala, y su hermano Abelardo era ministro de Ultramar.

Las ejecuciones fueron mal acogidas por los liberales de la península.

Asumió la defensa de los estudiantes ante el consejo de guerra el capitán de Infantería Federico Capdevila, cuya honradez y valentía fue admitida hasta por los cubanos; pero además, otro oficial español, el capitán Nicolás Estévanez, abandonó públicamente el ejército en protesta por la ejecución. Estévanez vino a España y llegó a ministro de la Guerra durante la I República. Hoy, en la famosa ace-



Tipos de Insurrectos mambises. En la insurrección figuraron blancos, mulatos y también gran número de negros ya que el primer caudillo de la insurrección, Carlos Manuel de Céspedes, abolió la esclavitud.

ra del antiguo café Louvre, de La Habana, próxima al teatro García Lorca, y justo frente a la blanca estatua de piedra de José Martí, hay una placa de bronce que recuerda el gesto y el nombre de Estévez.

Se debe añadir que aunque las autoridades cedieron por debilidad a la venganza ciega de los «voluntarios», se daban perfecta cuenta de que estos actos no ayudaban a la causa de España. El general Blas de Villate, conde de Valmaseda, que mandaba las tropas españolas en la isla, escribió al gobierno de Madrid desde La Habana pocos días después de la ejecución: «Mi presencia es necesaria por algún tiempo en esta ciudad, con gran pesar mío, pues es menester que no vuelvan a acontecer sucesos como los últimos, pues nos retrasan más que todas las acciones que Céspedes pueda ganarnos».

El teniente bombero

La historia del Cuerpo de Bomberos cubanos tiene en el español José Fernández Mayato a una de sus principales figuras. Mayato, que llegó a La Habana siendo muy joven, ingresó en el Cuerpo de Bomberos del Comercio, al que dejó plantado para incorporarse a las filas rebeldes en agosto de 1895 junto con su hermano Ruperto, que terminó la guerra de comandante. José llegó a teniente.

La vocación de apagar fuegos no se le había extinguido a Mayato durante la contienda, y después de desempeñar algunos cargos en la aduana y en la policía municipal y

rural fue nombrado teniente coronel segundo jefe del Cuerpo de Bomberos. Proporcionó en 1916 a este abnegado organismo un reglamento y vehículos motorizados, y cuando falleció en La Habana en el año 1949, su cadáver fue velado en el Consejo Nacional de Veteranos, recibiendo sepultura con todos los honores correspondientes al cargo.

Mujeres en guerra

Mujeres españolas dieron también su aporte a los independentistas cubanos, ya que había muchas casadas o con los españoles que favorecían esa causa o con criollos. La mayoría de éstas adoptaron la causa del marido y llegaron a arrostrar en ocasiones las penalidades de la vida combatiente en la manigua. Un ejemplo típico fue la sevillana Manuela Benítez Mariscal, casada con Juan Gualberto Gómez, delegado de Martí en Cuba, que recibió de éste dentro de un cigarro puro la orden del levantamiento general en toda la isla el día 24 de febrero de 1895.

Manuela Benítez falleció en La Habana, un año antes que su marido, después de haberle apoyado en todas las vicisitudes de su azarosa vida de conspirador en favor de la independencia cubana.

Asimismo relata el mencionado Juárez Sedaño que en Camagüey se dio el caso muy especial y comentado de una mujer, madre de un soldado gastador desertor, la cual llegó a Cuba desde España y pasó muchas penalidades hasta reunirse con su hijo, al que acom-

pañó durante los últimos años de la guerra. Cuando llegó la paz, el hijo se estableció de barbero en la capital camagüeyana, y la madre murió poco después, feliz a su lado.

Pero quizá el caso más insólito sea el de una monja de clausura ursulina, recluida en el convento del Carmen de Camagüey, cuyo nombre religioso fue el de madre San Agustín. La verdadera identidad de esta mujer se desconoce hoy, pero se sabe que ayudó a la causa cubana bordando escarapeles, banderines y emblemas, que las amistades femeninas que la visitaban se encargaban de sacar del convento.

Los generales

Hubo ocho españoles que llegaron al grado de general en el ejército cubano. Fueron el gallego Francisco Villamil, el andaluz Diego Dorado, el catalán José Miró Argenter, los canarios Matías Vega Alemán, Jacinto Hernández Vargas, Manuel Suárez Delgado y Julián Santana, y el castellano Mateo Casanova.

De los tres últimos, Manuel Suárez Delgado fue uno de los nueve integrantes del Comité del Centro que negoció el Pacto de Zanjón. Delgado había nacido en Santa Cruz de Tenerife y era hijo de un general que fue gobernador militar de Canarias. Estudió la carrera militar en la Academia de Infantería de Toledo y marchó a Cuba, donde renunció al ejército siendo teniente, poco antes de estallar la insurrección.

De Julián Santana se sabe que participó en todos los intentos se-

paratistas cubanos (incluido el proyanqui de Joaquín Agüero y Agüero en 1851). Fue el único general que estuvo en la guerra de los diez años (1868-78), en la llamada «Guerra Chiquita» y en la de 1895, que pondría fin al dominio español de la isla. Murió en 1931 en la ciudad de Victoria de las Tunas, provincia de Oriente, donde había vivido la mayor parte de su larga vida de ciento un años.

En cuanto a Mateo Casanova, ex comandante del ejército español, fue fusilado en la zona de Sancti Spiritus en 1870, después de haber sido inspector general del ejército rebelde.

Otros records

En la guerra de la independencia de Cuba, los españoles ostentan muchos records, algunos curiosos, que indican su arraigo y su alto número en el conjunto de los insurrectos.

Español fue el combatiente rebelde de apellido más largo. Se trataba de un vasco que murió en la ciudad de Remedios, provincia de Las Villas, en 1930, a la edad de noventa y cinco años, y cuyo nombre completo era Demetrio Saizuziariagastegui y Erbainbelgoistia. Español fue el extranjero que habiendo formado parte del ejército cubano vivió más tiempo en la isla. Se llamó José Sosa Calcines y había nacido en Las Palmas de Gran Canaria. Calcines, millonario y conservador con el tiempo, llegó a Cuba con sus padres en 1886, cuando tenía siete años, y salió de la isla hacia Miami en 1968, reclamado por sus hijos. En esa ciudad murió un año después. Tenía ochenta y dos años de residencia en Cuba cuando se marchó.

Español fue el benjamín extranjero de toda la guerra. El título corresponde al gallego Santiago Rey González, de Santiago de Compostela, que se incorporó con catorce años a los rebeldes en agosto de 1895. Rey González fue luego teniente de la guardia rural, pero colgó el uniforme para dedicarse a la política. Llegó a ser alcalde de la ciudad de Cienfuegos de 1917 a 1921, y presidente en la Cámara de Diputados del Comité Parlamentario Conservador desde 1921 hasta su muerte en 1932.

Español fue el único combatiente extranjero que fundó un pueblo en Cuba. Su nombre era Francisco Villalba Santos, valenciano, y construyó el pueblo de Sola cuando se tendió la línea de ferrocarril del norte de la isla entre Nuevitas y Santa Clara. En Sola, a la calle principal se le puso el nombre de avenida Villalba.

Poquísimos fueron los combatientes que estuvieron en campaña todos los días en el último estallido insurreccional de febrero de 1895 a agosto de 1898, pero sólo hubo

JEAN-PAUL BELMONDO CLAUDIA CARDINALE



con MICHEL CONSTANTIN

un film escrito y dirigido por

JOSE GIOVANNI

según su novela

LA SCOUMOUNE

70%
COLOR

LOS HISPANO-MAMBISES

dos que combatieron esos tres años y seis meses en las seis provincias de Cuba. Uno fue el mulato Pedro Ivonet Echevarría, que llegó a general y fue asesinado en la guerra racial de 1912, cuando la gente de color se alzó en armas en la provincia de Oriente en protesta por la discriminación de que eran objeto. El otro fue el español, ya citado, José Miró Argenter.

Los gastos

El Pacto de Zanjón que puso fin a la guerra de los diez años, o «Guerra Grande», fue firmado el 10 de febrero de 1878 por el capitán general de la isla, Martínez Campos, y un Comité de la Cámara de Representantes de la República insurrecta. Esta «Guerra Grande» (llamada así en contraste con la denominada «Guerra Chiquita» de 1879, que duró unos meses, y las que le siguieron costó a España pérdidas inmensas. El capitán general Jovellar, en una alocución dirigida al ejército poco después de terminada la lucha, estimó en unos 80.000 hombres las bajas españolas, por las enfermedades y la acción del adversario. Según palabras de Martínez Campos a fines de 1895, la guerra de Cuba costaba a España 500 millones de pesetas y 20.000 vidas anuales.

Otros historiadores, como Antonio Pirala, elevan esa cifra hasta los 95.000 soldados muertos en toda la guerra. La sangría en dinero fue calculada por el citado general Jovellar en 700 millones de pesos duros.

En el último período de la guerra, España envió a Cuba unos 200.000 soldados, cuya bravura en el combate y dignidad tuvieron que ser reconocidos hasta por sus más calificados adversarios cuando terminó el desastre. «Tristes se han ido ellos y tristes nos hemos quedado nosotros», escribió después de la guerra Máximo Gómez, lamentándose de que la intervención norteamericana hubiese privado al ejército cubano de despedir sin odio a los soldados españoles, de los que hace un elogio.

Los insurrectos no salieron materialmente mejor librados. Solamente en la guerra de los diez años, las pérdidas cubanas fueron «incalculables», como reconoce el historiador Ramiro Guerra, autor de una documentada obra sobre este período de la lucha.

Desertores indultados

Una de las condiciones que los insurrectos imponen a las autoridades españolas en la firma del pacto es precisamente el indulto a los desertores sin distinción de nacionalidades, ya que no solamente los había españoles, sino también de las Reservas Dominicanas, las

Milicias de Color y el Instituto de Voluntarios.

En esta cláusula de perdón para los desertores estaban incluidos los mayores generales Máximo Gómez y Modesto Díaz Álvarez, que eran desertores de las Reservas Dominicanas, pero también unos 5.000 soldados rasos españoles. Un número similar había al terminar la guerra en el 98.

Los legisladores cubanos se mostraron menos olvidadizos que los historiadores para con los extranjeros que combatieron en el ejército mambí, y trataron de equiparar sus derechos a los de los cubanos.

La Ley de Organización Militar dictada por la República en Armas reconocía los grados adquiridos en ejércitos extranjeros, incluido, naturalmente, el español, y la Constitución de 1901 reconoció a los extranjeros del ejército cubano la ciudadanía por nacionalización, y dio derecho a que fuesen elegidos presidente de la república los que habían luchado diez años en la guerra de independencia. La disposición iba dirigida sobre todo a Gómez, supremo jefe militar de la Insurrección, que había nacido en Santo Domingo, pero Gómez eludió la presidencia. En este derecho, sin embargo, quedaron incluidos más de 1.000 españoles que reunían este requisito, además de unos 500 chinos, unos 300 negros africanos y 50 de otras nacionalidades.

Los españoles acogidos a esta ley fueron además dispensados de la llamada «nacionalización del trabajo» en 1934, que obligaba a las empresas a no acoger a un número de trabajadores extranjeros superior al 50 por 100 de la plantilla. También en la Constitución de 1940 fueron declarados cubanos «por nacimiento» los extranjeros que llevaran un año o más con los insurrectos al terminar la guerra en 1898.

Dice Juárez Sedeño que de vivir juntos y con sus familias, los 15.000 españoles que lucharon con los insurrectos en la guerra de Cuba habrían formado una ciudad de 75.000 habitantes, sin duda, bastante grande para la época. Y en esa ciudad se hubieran autoabastecido, ya que en ella hubiera habido gente de todas las profesiones, categorías y oficios. Afirma también que en una ocasión un cubano veterano de la guerra le confesó que en los años de la contienda era difícil hablar mal de los españoles: «En los pueblos, para no caer preso, y en los campamentos nuestros, para no disgustar a tantos compañeros que teníamos allí con nosotros y a los que queríamos».

Y añade el anónimo veterano: «Podía haber una escuadra al mando de un cabo que no tuviera un español, pero de pelotón arriba, en ninguna unidad faltaba aunque fuera uno sólo». ■ F. M.